

Los apóstolos de Jesús, que esparcieron el cristianismo, no usaron cañones. Ptolomeo, Copérnico, Galileo, Herschel, Leverrier, Flammarion, el Padre Secchi, todos los creadores de la astronomía no usaron cañones. Santos Dumont y sus predecesores no llevaron la guerra a ninguna parte. El arado, la aguja, la máquina de coser, los fósforos, el cultivo del maíz, el jabón, la pluma de escribir, las tijeras, todos los descubrimientos modestos que nos dan vida y comodidad, no han necesitado de bombas ni de torpedos para hacer felices a los hombres. Ni Morse, ni Bell, ni Edison, ni Marconi han vivido degollando a sus semejantes, sino estudiando y experimentando. Los esposos Curie que han descubierto el radium y Roentgen que descubrió los rayos X, no han necesitado de acorazados para dar a conocer sus maravillosas invenciones.

No hay ninguna, absolutamente ninguna verdad científica, ni hay nada en la verdadera y benéfica civilización, que haya nacido de los combates, o que necesite del asesinato, del saqueo y del incendio para mantenerse o difundirse. Creer lo contrario, significa no haber pensado nunca con la cabeza.

Ahora, en esa guerra, van a morir millares de millares de hombres; millares de millares de niños quedarán sin padres. Las viudas, y las madres sin hijos, asordarán con sus lamentos el mundo. Hambre, tristeza, desamparo, lágrimas y sangre van a caer sobre la tierra como un diluvio. Así ha de ser, porque todavía la humanidad está compuesta de unos cuantos perversos y de una infinidad de ignorantes.

Pero que no digan que a las víctimas las mata la civilización, y la voluntad de Dios. Las matan la codicia, la ambición y la vanidad.

ALBERTO MASFERRER.